

## Capítulo 2

### Las conversiones: ¿Falsas o verdaderas?

#### El poder de la Palabra

Dondequiera que la Palabra de Dios se predicara con fidelidad, los resultados que le seguían atestiguaban su origen divino. El Espíritu de Dios acompañaba el mensaje de sus siervos y la Palabra tenía poder. Los pecadores sentían despertarse sus conciencias. La luz “que ilumina a todo hombre que viene a este mundo” iluminaba las cámaras más secretas de sus almas y las cosas ocultas de las tinieblas eran puestas de manifiesto. Una profunda convicción se apoderaba de sus mentes y corazones. Eran convencidos de pecado, de justicia y del juicio por venir. Tenían conciencia de la justicia de Jehová, y temían tener que comparecer con sus culpas e impurezas ante el Escudriñador de los corazones. En su angustia, exclamaban: “¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?” Al serles revelada la cruz del Calvario, con su sacrificio infinito por los pecados de los hombres, veían que solo los méritos de Cristo eran suficientes para expiar sus transgresiones; era lo único que podía reconciliar al hombre con Dios. Con fe y humildad, aceptaban al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. Por medio de la sangre de Jesús alcanzaban “la remisión de los pecados cometidos anteriormente” (Juan 1:9, *BJ*; Rom. 7:24; 3:25, *VM*).

#### Un nuevo estilo de vida

Estas almas producían frutos dignos de su arrepentimiento. Creían y eran bautizados, y se levantaban para andar en novedad de vida: nuevas criaturas en Cristo Jesús; no para vivir conforme a sus antiguas concupiscencias, sino por la fe en el Hijo de Dios para seguir sus pisadas, para reflejar su carácter y para purificarse a sí mismos así como él es puro. Amaban lo que antes aborrecían, y aborrecían lo que antes amaban. Los orgullosos y agresivos se

volvían mansos y humildes de corazón. Los vanidosos y arrogantes se volvían serios y discretos. Los profanos se volvían piadosos; los borrachos, sobrios; y los corrompidos, puros. Las vanas costumbres del mundo eran puestas a un lado. Los cristianos no buscaban la belleza exterior, como “peinados ostentosos, joyas de oro y vestidos lujosos”, sino la belleza “que procede de lo íntimo del corazón y consiste en un espíritu suave y apacible. Ésta sí que tiene mucho valor delante de Dios” (1 Ped. 3:3, 4, NVI).

Los reavivamientos producían profundo escudriñamiento y humildad de corazón. Se caracterizaban por llamamientos solemnes y fervientes hechos a los pecadores por causa de una ferviente compasión hacia aquellos a quienes Cristo compró por su sangre. Hombres y mujeres oraban y luchaban con Dios para conseguir la salvación de las almas. Los frutos de semejantes reavivamientos se echaban de ver en las almas que no vacilaban ante el desprendimiento y los sacrificios, sino que se regocijaban de ser tenidas por dignas de sufrir oprobios y pruebas por causa de Cristo. Se notaba una transformación en la vida de quienes habían hecho profesión de seguir a Jesús. La influencia de ellos beneficiaba a la sociedad. [...]

Tal es el resultado de la obra del Espíritu de Dios. Una obra de reforma es la única evidencia de un arrepentimiento verdadero. Si restituye la prenda, devuelve lo que robó, confiesa sus pecados y ama a Dios y a sus semejantes, el pecador puede estar seguro de haber encontrado la paz con Dios. Tales eran los efectos que en otros tiempos acompañaban a los reavivamientos religiosos. Cuando se los juzgaba por sus frutos se veía que eran bendecidos de Dios para la salvación de los hombres y el mejoramiento de la humanidad.

## **Reavivamientos falsificados: ¿Cuál es la diferencia?**

Pero muchos de los reavivamientos de los tiempos modernos han presentado un notable contraste con aquellas manifestaciones de la

gracia divina que en épocas anteriores acompañaban las labores de los siervos de Dios. Es verdad que despiertan un gran interés, que muchos se dan por convertidos y que ingresa mucha gente a las iglesias; no obstante, los resultados no son tales que nos autoricen a creer que ha habido un aumento correspondiente de verdadera vida espiritual. La llama que alumbró un momento pronto se apaga y deja la oscuridad más densa que antes.

Demasiado a menudo los reavivamientos populares son provocados por apelaciones a la imaginación, por la excitación de las emociones, y por la gratificación del gusto por lo que es nuevo y extraordinario. Los conversos ganados de este modo manifiestan poco deseo de escuchar la verdad bíblica, poco interés en el testimonio de los profetas y apóstoles. El servicio religioso que no revista un carácter un tanto sensacional no tiene atractivo para ellos. Un mensaje que apele a la fría razón no despierta eco alguno en ellos. No tienen en cuenta las claras advertencias de la Palabra de Dios, las cuales se refieren directamente a sus intereses eternos.

Para toda alma verdaderamente convertida, la relación con Dios y con las cosas eternas será el gran tema de la vida. [...] Antes de que los juicios de Dios caigan finalmente sobre la Tierra, habrá entre el pueblo del Señor un avivamiento de la piedad primitiva como no se ha visto nunca desde los tiempos apostólicos. El Espíritu y el poder de Dios serán derramados sobre sus hijos. En ese tiempo muchos se separarán de esas iglesias en las cuales el amor por este mundo ha suplantado al amor por Dios y su Palabra. Muchos, tanto ministros como laicos, aceptarán gustosamente esas grandes verdades que Dios ha hecho proclamar en este tiempo con el fin de preparar un pueblo para la segunda venida del Señor. El enemigo de las almas desea impedir esta obra; y antes que llegue el tiempo para que se produzca tal movimiento, tratará de evitarlo introduciendo una falsa imitación. Hará parecer como que la bendición especial de Dios es derramada sobre las iglesias que puede colocar bajo su poder seductor; allí se manifestará lo que se considerará como un gran interés por lo religioso. Multitudes se alegrarán de que Dios esté obrando maravillosamente en su favor,

cuando, en realidad, la obra provendrá de otro espíritu. Bajo un disfraz religioso, Satanás tratará de extender su influencia sobre el mundo cristiano.

## **¿Por qué ser engañados?**

En muchos de los reavivamientos que se han producido durante el último medio siglo, se han dejado sentir, en mayor o menor grado, las mismas influencias que se manifestarán en movimientos futuros más extensos. Hay una excitación emocional, una mezcla de lo verdadero con lo falso, bien adaptada para extraviar. No obstante, nadie necesita ser engañado. A la luz de la Palabra de Dios, no es difícil determinar la naturaleza de estos movimientos. Dondequiera que los hombres descuiden el testimonio de la Biblia, y se alejen de las verdades claras y examinadoras del alma que requieren abnegación y renunciamiento del mundo, podemos estar seguros de que Dios no dispensa allí sus bendiciones. Y al aplicar la regla que Cristo mismo dio: “Por sus frutos los conoceréis” (Mat. 7:16), resulta evidente que esos movimientos no son obra del Espíritu de Dios.

En las verdades de su Palabra, Dios ha dado a los hombres una revelación de sí mismo, y a todos los que las aceptan les sirven de escudo contra los engaños de Satanás. El descuido en que se tuvieron esas verdades fue lo que abrió la puerta a los males que ahora tanto se están propagando en el mundo religioso. La naturaleza e importancia de la Ley de Dios se ha perdido de vista en sumo grado. Un concepto falso del carácter, la perpetuidad y la obligatoriedad de la Ley divina ha conducido a errores con respecto a la conversión y a la santificación, y como resultado se ha rebajado el nivel de piedad en la iglesia. En esto reside el secreto de la ausencia del Espíritu y el poder de Dios en los reavivamientos de nuestros tiempos. [...]

## **La Ley de Dios, ¿puede ser cambiada?**

Muchos maestros en religión aseveran que Cristo abolió la Ley por medio de su muerte, y que desde entonces los hombres están libres

de sus exigencias. Algunos la representan como un yugo enojoso y, en contraposición con la esclavitud de la Ley, presentan la libertad de la cual se debe gozar bajo el evangelio.

Pero no es así como los profetas y los apóstoles consideraron la santa ley de Dios. David dice: “Andaré en libertad, porque busqué tus mandamientos”. El apóstol Santiago, que escribió después de la muerte de Cristo, se refiere al Decálogo como la “ley real”, y “la perfecta ley, la de la libertad”. Y el Revelador, medio siglo después de la crucifixión, pronuncia una bendición sobre los “que guardan sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida, y que entren por las puertas en la ciudad” (Sal. 119:45; Sant. 2:8; 1:25; Apoc. 22:14, RVA). El aserto de que con su muerte Cristo abolió la Ley de su Padre no tiene fundamento. Si hubiese sido posible cambiar la Ley o abolirla, entonces Cristo no habría tenido por qué morir para salvar al hombre de la penalidad del pecado. [...]

## **Enemistados y reconciliados: ¿Cómo se efectúa esto?**

Es obra de la conversión y la santificación reconciliar a los hombres con Dios por medio de ponerlos de acuerdo con los principios de su Ley. En el principio, el hombre fue creado a la imagen de Dios. Estaba en perfecta armonía con la naturaleza y la Ley de Dios; los principios de justicia estaban grabados en su corazón. Pero el pecado lo alienó de su Hacedor. Ya no reflejaba más la imagen divina. Su corazón estaba en guerra con los principios de la Ley de Dios. “Los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden” (Rom. 8:7). Pero “de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito” para que el hombre pudiese ser reconciliado con Dios. Por los méritos de Cristo puede restablecerse la armonía entre el hombre y su Hacedor. Su corazón debe ser renovado por la gracia divina; debe recibir nueva vida de lo Alto. Este cambio es el nuevo nacimiento, sin el cual, según dice Jesús, nadie “puede ver el reino de Dios”.

El primer paso hacia la reconciliación con Dios es la convicción del pecado. “El pecado es transgresión de la ley”. “Por medio de la ley es el conocimiento del pecado” (1 Juan 3:4, NVI; Rom. 3:20). Para reconocer su culpabilidad, el pecador debe medir su carácter por la gran norma de justicia de Dios. Es un espejo que le muestra la perfección de un carácter justo y lo capacita para discernir los defectos de su propio carácter.

La Ley revela al hombre sus pecados, pero no le provee remedio. Mientras promete vida al que obedece, declara que la muerte es lo que le toca al transgresor. Solo el evangelio de Cristo puede librarlo de la condenación o la contaminación del pecado. Debe ejercer arrepentimiento ante Dios, cuya Ley transgredió, y fe en Cristo, su sacrificio expiatorio. Así obtiene “remisión de los pecados cometidos anteriormente” y se hace partícipe de la naturaleza divina. [...]

¿Está ahora libre para transgredir la Ley de Dios? El apóstol Pablo dice: “¿Abrogamos... la ley por medio de la fe? No por cierto; antes bien, hacemos estable la ley”. “Los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?” Y Juan declara: “En esto consiste el amor a Dios: en que guardemos sus mandamientos. Y sus mandamientos no son pesados” (Rom. 3:31, VM; 6:2; 1 Juan 5:3, BJ). En el nuevo nacimiento, el corazón viene a quedar en armonía con Dios al ponerlo de acuerdo con su Ley. Cuando se ha efectuado este poderoso cambio en el pecador, entonces ha pasado de muerte a vida, de pecado a santidad, de transgresión y rebelión a obediencia y lealtad. [...]

## **La santificación: ¿Quién hace la obra?**

En los movimientos religiosos de nuestros días, desempeñan un papel importante las falsas teorías sobre la santificación [...] debidas a que no se hizo caso de la Ley divina o se la rechazó. Esas teorías son falsas en cuanto a la doctrina y peligrosas en sus resultados prácticos, y el hecho de que hallen tan general aceptación hace doblemente esencial que todos tengan un entendimiento claro de lo que las Escrituras enseñan acerca de este punto.

La santificación verdadera es una doctrina bíblica. El apóstol Pablo, en su carta a la iglesia de Tesalónica, declara: “La voluntad de Dios es vuestra santificación”. Y ora así: “El mismo Dios de paz os santifique por completo” (1 Tes. 4:3; 5:23). La Biblia enseña claramente lo que es la santificación y cómo se la puede obtener. El Salvador oró por sus discípulos: “Santifícalos con la verdad: tu Palabra es la verdad” (Juan 17:17, VM). Y Pablo enseña que los creyentes deben ser santificados por el Espíritu Santo (Rom. 15:16). ¿Cuál es la obra del Espíritu Santo? Jesús dijo a sus discípulos: “Cuando viniere... el Espíritu de verdad, él os guiará al conocimiento de toda la verdad” (Juan 16:13, VM). Y el salmista dice: “Tu ley es la verdad”. Por la Palabra y el Espíritu de Dios quedan de manifiesto ante los hombres los grandes principios de justicia personificados en la Ley divina. Y ya que la ley de Dios es santa, justa y buena, un trasunto de la perfección divina, resulta que el carácter formado por la obediencia a esa ley será santo. Cristo es ejemplo perfecto de semejante carácter. Él dice: “He guardado los mandamientos de mi Padre”. “Hago siempre lo que le agrada” (Juan 15:10; 8:29). Los seguidores de Cristo han de volverse semejantes a él: por la gracia de Dios, formar un carácter en armonía con los principios de su santa Ley. Esto es santificación bíblica.

Esta obra solo se puede realizar a través de la fe en Cristo, por medio del poder del Espíritu de Dios que habite en nosotros. Pablo amonesta a los creyentes: “Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Fil. 2:12, 13). El cristiano sentirá las incitaciones del pecado, pero luchará continuamente contra él. Aquí es donde se necesita la ayuda de Cristo. La debilidad humana se une con la fuerza divina y la fe exclama: “Gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Cor. 15:57).

Las Escrituras enseñan claramente que la obra de santificación es progresiva. Cuando en la conversión el pecador encuentra la paz con Dios a través de la sangre expiatoria, la vida cristiana no ha hecho más que empezar. Ahora debe llegar “al estado del hombre

perfecto”; crecer “a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Heb. 6:1; Efe. 4:13).

## **No hay lugar para la jactancia**

Los que experimenten la santificación de la cual habla la Biblia manifestarán un espíritu de humildad. Como Moisés, contemplaron la terrible majestad de la santidad, y se dan cuenta de su propia indignidad en contraste con la pureza y exaltada perfección del Dios infinito.

El profeta Daniel fue un ejemplo de verdadera santificación. Llenó su larga vida con el noble servicio que rindió a su Maestro. Era un hombre “muy amado” (Dan. 10:11) por el Cielo. Sin embargo, en lugar de hacer alardes de su pureza y santidad, este profeta a quien se le rendían honores se identificó con la evidente pecaminosidad de Israel, mientras intercedía ante Dios en favor de su pueblo: “No elevamos nuestros ruegos ante ti confiados en nuestras justicias, sino en tus muchas misericordias”. “Hemos pecado, hemos hecho impíamente”. Él declara: “Estaba hablando y orando, y confesando mi pecado y el pecado de mi pueblo” (Dan. 9:18, 15, 20). [...]

Cuando Job oyó la voz del Señor de entre el torbellino, exclamó: “Me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza”. Cuando Isaías vio la gloria del Señor, y oyó a los serafines que clamaban: “Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos”, dijo abrumado: “¡Ay de mí! que soy muerto”. Después de haber sido arrebatado hasta el tercer cielo y haber oído cosas que no le es dado al hombre expresar, Pablo habló de sí mismo como “menos que el más pequeño de todos los santos”. Y fue el amado Juan, quien había descansado en el pecho de Jesús y contemplado su gloria, el que cayó como muerto a los pies del ángel (Job 42:6; Isa. 6:3, 5; 2 Cor. 12:2-4; Efe. 3:8; Apoc. 1:17).

No puede haber glorificación de sí mismo, ni arrogantes pretensiones de estar libre de pecado, por parte de quienes caminan a la sombra de la cruz del Calvario. Sienten que fueron sus pecados

los que causaron la agonía que destrozó el corazón del Hijo de Dios; y ese pensamiento los guiará a una profunda humillación de sí mismos. Los que viven más cerca de Jesús son quienes discernen más nítidamente la fragilidad y pecaminosidad de la humanidad, y su única esperanza se cifra en los méritos de un Salvador crucificado y resucitado.

## **Una falsa santificación: ¿Se trata solo de creer?**

La santificación que hoy está ganando terreno en el mundo religioso lleva en sí misma un espíritu de autoexaltación y menosprecio de la ley de Dios que la señala como ajena a la religión de la Biblia. Sus defensores enseñan que la santificación es una obra instantánea, por la cual, mediante la fe sola, obtienen santidad perfecta. Dicen: “Solo crean, y la bendición es de ustedes”. Según ellos no se requiere un esfuerzo adicional por parte del que recibe la bendición. Al mismo tiempo, niegan la autoridad de la ley de Dios e insisten en que ellos están dispensados de la obligación de guardar los mandamientos. Pero ¿es posible que los hombres sean santos, en conformidad con la voluntad y el carácter de Dios, sin ponerse en armonía con los principios que son una expresión de su naturaleza y voluntad, y que enseñan qué es lo que le agrada al Señor?

El deseo de llevar una religión fácil, que no exija luchas, ni desprendimiento, ni divorcio de las locuras del mundo, ha hecho popular la doctrina de la fe y la fe sola; pero ¿qué dice la Palabra de Dios? El apóstol Santiago decía: “Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarlo?... ¿Quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta? ¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras, y que la fe se perfeccionó por las obras?... Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe” (Sant. 2:14-24).

El testimonio de la Palabra de Dios se opone a esa doctrina seductora de la fe sin obras. No es fe la que pretende el favor del

Cielo sin cumplir las condiciones por medio de las cuales se concede la misericordia; es presunción, pues la fe verdadera tiene su fundamento en las promesas y las disposiciones de las Escrituras.

Nadie se engañe a sí mismo con la creencia de que puede volverse santo mientras viole voluntariamente una de las exigencias de Dios. Cometer un pecado conocido silencia la voz atestiguadora del Espíritu y separa al alma de Dios. [...] Aunque en sus epístolas Juan habla mucho del amor, no vacila en poner de manifiesto el verdadero carácter de esa clase de personas que pretenden estar santificadas y seguir transgrediendo la ley de Dios. “El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado” (1 Juan 2:4, 5). Esta es la piedra de toque de toda profesión de fe. No podemos reconocer como santo a ningún hombre sin haberlo comparado primero con la única regla de santidad que Dios tiene en el cielo y en la Tierra. [...]

Y la aseveración de estar sin pecado constituye de por sí una evidencia de que el que tal asevera dista mucho de ser santo. Es porque no tiene un verdadero concepto de lo que es la pureza y santidad infinita, de Dios, ni de lo que deben ser los que han de armonizar con su carácter; es porque no tiene un verdadero concepto de la pureza y belleza supremas de Jesús, ni de la malignidad y maldad del pecado, por lo que el hombre puede considerarse santo. Cuanto más lejos esté de Cristo, y más deficientes sean sus conceptos del carácter y los requerimientos divinos, más justo se creerá.

## **Santificación: entrega y participación total**

La santificación expuesta en las Escrituras abarca todo el ser: espíritu, alma y cuerpo. Pablo rogaba por los tesalonicenses que su ser entero, “espíritu, alma y cuerpo”, fuese “guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo” (1 Tes. 5:23). Y vuelve a

escribir a los creyentes: “Os ruego, por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios” (Rom. 12:1). En tiempos del antiguo Israel, toda ofrenda que se traía como sacrificio a Dios era examinada cuidadosamente. Si se descubría un defecto cualquiera en el animal presentado, se lo rechazaba, pues Dios había mandado que las ofrendas fuesen “sin mancha”. Así también se pide a los cristianos que presenten sus cuerpos en “sacrificio vivo, santo, acepto a Dios” (VM). Para ello, todas sus facultades deben preservarse en la mejor condición posible. Toda práctica que tienda a debilitar la fuerza física o mental incapacita al hombre para servir a su Creador.

¿Y se complacerá Dios con menos de lo mejor que podamos ofrecerle? Cristo dijo: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón” (Mat. 22:37). Los que aman a Dios con todo el corazón desearán darle el mejor servicio de su vida, y tratarán siempre de poner todas las facultades de su ser en armonía con las leyes que aumentarán su aptitud para hacer su voluntad. [...]

## **Una vida cambiada**

El mundo está entregado al desenfreno. “La concupiscencia de la carne, y la concupiscencia de los ojos, y la soberbia de la vida” gobiernan a las masas humanas. Pero los seguidores de Cristo son llamados a una vida santa (1 Juan 2:16, VM). [...]

A los que cumplen con las condiciones: “Salid de en medio de ellos, y apartaos... y no toquéis lo inmundo”, la promesa de Dios es: “Yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso” (2 Cor. 6:18). Es el privilegio y deber de todo cristiano tener una abundante y rica experiencia en las cosas de Dios. [...] Los rayos luminosos del Sol de Justicia brillan sobre los siervos de Dios, y estos deben reflejarlos. Así como las estrellas nos hablan de que hay una gran luz en el cielo, con cuya gloria resplandecen, así también los cristianos deben mostrar que hay en el trono del universo un Dios cuyo carácter es digno de alabanza e imitación. Las gracias de su

Espíritu, la pureza y santidad de su carácter, se manifestarán en sus testigos. [...]

## Ya no hay condenación

Si bien la vida del cristiano debe caracterizarse por la humildad, no debería estar marcada por la tristeza y el autodesprecio. Todos tienen el privilegio de vivir de manera que Dios los apruebe y bendiga. No es la voluntad de nuestro Padre celestial que siempre estemos bajo condena y tinieblas. Andar con la cabeza baja y el corazón lleno de preocupaciones relativas a uno mismo no es evidencia de humildad verdadera. Podemos ir a Jesús y ser limpiados, y permanecer ante la Ley sin vergüenza ni remordimientos. “Ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu” (Rom. 8:1).

Por medio de Jesús, los hijos caídos de Adán son hechos “hijos de Dios”. “Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos” (Heb. 2:11). La vida del cristiano debe ser una vida de fe, victoria y gozo en Dios. “Todo el que ha nacido de Dios vence al mundo. Ésta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe” (1 Juan 5:4, VM). Con razón, declaró Nehemías, el siervo de Dios: “El gozo de Jehová es vuestra fuerza” (Neh. 8:10). Y Pablo dijo: “Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!” “Estad siempre gozosos. Orad sin cesar. Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús” (Fil. 4:4; 1 Tes. 5:16-18).

Tales son los frutos de la conversión y de la santificación según la Biblia.— “La verdadera conversión es esencial”, *El conflicto de los siglos*, pp. 514-531.